

---

---

## HONRADEZ.

(ES FALSA LA QUE NO ESTÁ FUNDADA EN LA RELIGION.)

---

*Nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere.*

Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma.

(MATH. X, 28.)

La idea de una justicia eterna é invariable, el conocimiento de un Sér infinito, que sin cesar procura hacernos buenos y felices; el temor de los castigos eternos, que su mano justiciera prepara á los culpables, y las esperanzas que la virtud tiene de una vida más feliz despues de la muerte; ved aquí lo único que puede hacer justos á los hombres. Sin estos motivos, las leyes fundamentales de la sociedad se desvanecen, las costumbres se corrompen, se trastornan las ideas del buen orden, la honradez es una mera ilusion, y las virtudes más brillantes son exclusivamente sutilezas del amor propio.

Estas verdades, grabadas en todos los corazones, se conservaron siempre, aunque adulteradas con supersticiones extravagantes; y los más sábios legisladores miraron siempre el temor de los dioses como un freno necesario á las pasiones. La religion cristiana, dándonos nociones más puras del Sér supremo, explica con toda claridad estas verdades. Sus máximas condenan la honradez que trae origen de la soberbia y depende de las circunstancias, de las ocasiones y de los juicios de los hombres: nos hace concebir esperanzas más nobles y sublimes; fija nuestra inconstancia, para que practiquemos lo bueno por motivos invariables, como son el amor al buen orden, la esperanza de los premios ofrecidos á la virtud, y, finalmente, el temor de un juez inexorable, que sondea hasta los secretos más escondidos de la conciencia: *Nolite timere eos*, etc.

Sin embargo, en medio de los triunfos de una religion, que da tan bellos preceptos, y propone motivos tan eficaces para excitar á la virtud, el incrédulo se esfuerza por levantar, sobre las ruinas de la piedad cristiana, un edificio fantástico de honradez, que opone con osadía

á los justos del Evangelio. Todos los escritos que salen de la mano del incrédulo, no respiran sino humanidad, y están llenos de las más vivas exhortaciones al amor del prójimo. Tambien se vanagloria, de que la verdadera estimacion y honradez solo se encuentra en sus partidarios. Pues bien; demostrémosle, que los principios de la incredulidad son incompatibles con la verdadera honradez, porque desconciertan todas las obligaciones del hombre con respecto á Dios, y con respecto á la sociedad. Ved aquí lo que voy á probar, si me asistete la gracia. A. M.

1. La honradez consiste en una conducta arreglada por el conocimiento y amor á la virtud: una eleccion libre de los motivos que se contienen en el orden primitivo establecido por el Criador; y una firme adhesion á la economia perfecta, de la cual resulta la armonía pública y la felicidad de todos los hombres. Por esta razon, se propone á sí misma varias obligaciones que cumplir; una ley universal, eterna é inmutable, que prescribe determinados preceptos; el conocimiento de esta ley, y una libre conformidad con la razon suprema, que es el origen primitivo de toda justicia. Si el hombre vive en el mundo sin destino, sin obligaciones, sin libertad, y sin una regla invariable que le enseñe á distinguir el bien del mal, entónces es preciso decir, que ese derecho natural, que nuestros filósofos, con sus alardes de sábios, nos citan á cada paso, no es sino una mera preocupacion; y la honradez, que afectan, es puramente una quimera, que solo tiene realidad en su imaginacion.

Tal es, amados oyentes, la terrible perspectiva que ofrecen á nuestra vista los incrédulos. Siguiendo sus máximas, el universo es un puro caos; todas las ideas del vicio y de la virtud se confunden; el bien y el mal son arbitrarios; los delitos más atroces no son sino distracciones de la naturaleza y efectos necesarios de la accion de los cuerpos; en una palabra, todas las obligaciones del hombre hácia Dios, desaparecen; y esta es la primera consecuencia del sistema de los incrédulos, la cual os manifestará, que sus principios son incompatibles con la honradez verdadera.

La piedad es la primera obligacion del hombre hácia Dios, y consiste en el amor, respeto y gratitud, que excita en nosotros la vista de sus perfecciones infinitas, consideradas bajo diversos aspectos. Por su bondad le debemos amor, por su majestad respeto, por sus beneficios gratitud. La piedad, pues, supone la existencia de un Sér inteligente, que ha criado de la nada todas las criaturas, que arregla la disposicion del universo, y prepara todas las cosas con sabiduría

infinita; y una divinidad sabia, justa y santa, regla suprema del orden y del desorden intelectuales; que ama tan de veras las virtudes, como que representan sus perfecciones en las criaturas formadas á su semejanza; y que detesta en ella los vicios que desfiguran su imagen. Supone, igualmente, una providencia amorosa y benéfica, que procura de continuo hacernos buenos y felices. Estas bellas y luminosas ideas hacen surgir en el corazón del hombre la confianza, el amor y una veneración proporcionada á los grados de excelencia que le hacen concebir en el Sér supremo: una adoración noble y libre, digna de la majestad suprema, y muy ajena á un culto supersticioso, precario y servil, que, apoderándose del ánimo, le abate: una piedad suave y sólida, que sabe honrar á Dios más con el sacrificio de las pasiones, que con las víctimas que ofrece.

Comparemos estas nociones sublimes de la Providencia, que la religión y una razón ilustrada nos comunican, con las falsas apariencias de la necia filosofía de los incrédulos. Todos sus principios tienden á arruinar los fundamentos de la piedad; y mientras afectan hablar del Sér supremo en los términos más elevados, y establecen en tono dogmático la máxima, de que nos guardemos de atribuirle los afectos humanos, le representan como una deidad ciega é indigna de nuestro culto. ¿En qué vendrían á parar entónces el amor y respeto debidos á la divinidad? ¿Qué sentimiento de admiración podría excitar en nosotros la constante y regular armonía del universo, que la revolución de los tiempos ha respetado siempre, si una necesidad fatal ó un agente ciego, presidiese á la conservación de estas leyes? La tierra no me recordaría ya los beneficios del Criador: los ricos adornos con que se hermosea, y todos los frutos de que está cubierta, no serian dones de una Providencia, que los hace servir para nuestras necesidades; los cielos no publicarían la gloria y la sabiduría de su Criador; esas innumerables estrellas, que están pendientes sobre nuestras cabezas; el curso todavía más admirable del sol y de la luna, esa luz que, al parecer, hace salir de la nada, por una nueva creación, los varios objetos, que la noche sepulta en la oscuridad; todas esas maravillas juntas, no serian sino efectos necesarios del movimiento y de la virtud infinita de la materia.

Todas estas consecuencias no pueden desprenderse, dicen algunos incrédulos modernos, del sistema que hemos abrazado. Nosotros no somos discípulos de Lucrecio ni de Epicuro. La sabiduría del Dios, en que creemos, es infinita, así como su omnipotencia: los cielos son obra de sus manos; su estructura magnífica, su curso siempre igual y majestuoso, publican su inteligencia; y nosotros nunca atribuire-

mos á la suerte la gloria de haber establecido una armonía tan constante y regular. Pero este Dios, infinitamente perfecto, ¿puede, acaso, estimar los respetos insensatos de los mortales? ¿Es, por ventura, propio de su grandeza, el ocuparse de lo que pasa entre ellos, en contar sus vicios ó sus virtudes y en estudiar sus vanos deseos? Si es dichoso en sí mismo, ¿qué necesidad tiene de nuestro culto, de nuestras alabanzas, de nuestras adoraciones?

De este modo ¡oh Dios mio! forma el incrédulo la idea de vuestra grandeza. Desconcertándole el horror del delito, busca en vuestra majestad tremenda una indulgencia, que no halla en la corrupción de su corazón; y bajo el pretexto, de que el cuidado de velar sobre el universo es indigno del Sér supremo, os considera como una deidad indiferente y desdenosa, que, temiendo turbar vuestro sosiego, no os mezclais en los negocios particulares del mundo, ni os dais por ofendido de la injusticia de los hombres, ni por honrado con sus respetos.

¿Qué monstruosa divinidad es esta, hermanos míos, y qué consecuencias tan horribles para la piedad se desprenden de semejantes principios! Si Dios no ama á las criaturas que ha criado, si su soberana majestad no sirve sino para despreciarlas, si recibe con indiferencia sus respetos, si mira con rostro tranquilo al impío prevalecer contra el justo, no lo reconozcamos ya por nuestro padre, nuestro apoyo, ni nuestro consolador, sino por un tirano extravagante, que hace burla de nuestras desgracias, y solo nos sacó de la nada para que sirviéramos de juguete á sus caprichos.

Extraño abuso de la razón es, á la verdad, reconocer una divinidad justa, sabia é inteligente; y creer, al mismo tiempo, que mira con indiferencia nuestros vicios y nuestras virtudes. Esto es considerar á Dios como justo é injusto. El hombre, pues, cuyo espíritu se pierde en los sofismas de la incredulidad, olvida al Sér supremo y falta á su primera obligación. Admirando con estupidez las maravillas que le rodean, ya no descubre en la naturaleza la sabiduría é inteligencia del Criador.

No basta á la incredulidad la destrucción de los fundamentos de la religión; no le basta remover todas las obligaciones del hombre para con Dios; sino que sus principios se dirigen también á borrar todas las obligaciones del hombre relativas á la sociedad; nueva prueba de su incompatibilidad con la verdadera honradez.

El amor al orden público y al prójimo es el fundamento de todas las virtudes sociales; porque de él dimanán la humanidad, la afabilidad, la moderación, la justicia y todo orden perfecto. Si quitais este fundamento, todo el edificio se viene abajo, desaparecen todas las

virtudes, se desconcierta todo el orden, y solo queda en la sociedad una disposicion desarreglada é informe, establecida por el vicio ó por las miras de un interés personal. No ignoro, que la política ha encontrado el arte de utilizar para el bien público hasta las pasiones de los hombres y sus intereses particulares. La ambicion y la temeridad producen, á veces, resultados útiles; y aunque las acciones de los héroes mundanos las envilezcan por los móviles, son dignas de nuestro agradecimiento. Pero, considerando las cosas con detenimiento, se comprende, que de esta disposicion, formada por las pasiones, no resulta sino una armonía aparente, una utilidad superficial, transitoria y dispuesta siempre á desmentirse; que esta economia deja subsistir las maldades, el dolo, la mala fé, la traicion, el espíritu de inquietud y de rebelion; en una palabra, todos los vicios, bajo la apariencia de las virtudes; y que sin el amor al orden público, que prefiere lo honesto á lo útil, que arregla los deseos y las acciones por la voluntad del Sér supremo, y obra en secreto del mismo modo que en público, todas las virtudes son falsas, y desaparecen todas las obligaciones del hombre con respecto á la sociedad.

Supuestas estas verdades ¿no es evidente, amados oyentes, que la doctrina de los incrédulos es incompatible con la verdadera honradez, puesto que destruye este amor al buen orden, fundamento de todas las virtudes sociales? Examinemos sus máximas, sus virtudes: pero ¿qué digo virtudes? ¿Qué virtudes puede haber en unos hombres, que creen serles lícito todo cuanto desean; que miran los pecados más vergonzosos como inclinaciones inocentes; que no creen deber nada sino á sí propios; y que han llegado á persuadirse, de que los vicios y las virtudes son meras ilusiones, á las cuales ha puesto la credulidad diversos nombres para darles realidad? La sociedad no será en adelante sino un teatro de horror y de confusion, sin orden, sin subordinacion y sin confianza. ¡Oh religion santa! cuán diferentes son tus preceptos y consejos de las falsas máximas de los impíos! Tú sola haces al hombre superior al imperio de la codicia, tú le excitas á amar al prójimo; y uniendo una misma caridad en el amor de Dios, el de sí mismo y el del prójimo, sofocas las antipatías, los odios y las envidias que produce el amor propio, manantial inagotable de maldades y de injusticias. ¿Qué fácilmente practica las virtudes sociales el cristiano cuando medita la ley, que le recuerda todas sus obligaciones, y le recomienda de buena fé en el comercio, la integridad en la administracion de la justicia, la fidelidad en el manejo de los caudales públicos, la firmeza con la afabilidad en el ejercicio de la autoridad, la liberalidad sin profusion en el empleo de las riquezas, el amor al bien

público, y todas las cualidades que constituyen al ciudadano! Si alguno se deja llevar de las pasiones, la ley divina ninguna parte tiene en su corazon; á la incredulidad estaba reservado el arruinar la honradez por principios, y no dejar asilo alguno á las virtudes morales despues de la pérdida de las virtudes cristianas.

2. ¿En qué vendrian á parar, con efecto, todas las virtudes sociales, si la impiedad formase todos los vínculos que nos unen con el prójimo? El amor propio, pasion tan peligrosa, no considera las demás criaturas sino como instrumentos de la propia felicidad, y empieza á aborrecerlas, luego que le sirven de obstáculo para el cumplimiento de nuestros deseos: se establece en el corazon como en el centro del universo, y quiere dirigir todos sus movimientos en utilidad suya; opone unos intereses á otros; procura apropiarse todos los beneficios del Criador; le es odiosa toda division; y de este modo, destruye todas las virtudes sociales, cuyo fin es establecer entre los hombres la confianza, la igualdad, la concordia, la humanidad, la afabilidad y la compasion. Estas virtudes son las que constituyen lo agradable del trato humano; y nacen del conocimiento íntimo que tenemos de la excelencia de nuestro sér. Nos hacen respetar en el prójimo la imágen de la divinidad, representándole, segun el orden establecido por la justicia del Criador, como sujeto á los mismos males, á las mismas necesidades, y, por consiguiente, con igual derecho á participar de los mismos remedios y de los mismos alivios; y, finalmente, comunican al alma la sensibilidad, que nos mueve á condolernos de sus penas, y difunden en ella una alegría pura cuando podemos contribuir á su felicidad. La concupiscencia, que no se reprime por el respeto á las leyes, ni por el amor al bien público, destruye la semilla de todas estas virtudes y destruye su objeto: considera á los hombres, no como hijos del mismo padre, sino como competidores, que disputan entre sí la herencia; como separados en los intereses, ajenos á los fines de nuestro propio interés ú opuestos á ellos, incapaces de excitar mas que odio y venganza; y, finalmente, como enemigos, que es preciso vencer, como rivales que es preciso remover y desprestigiar, para ocupar sin oposicion su puesto.

En vano intentarían los incrédulos, disfrazar lo odioso de sus sistemas, mostrándose apasionados por el bien público y pródigos de elogios con sus partidarios, á quienes ponderan como á los mejores ciudadanos; pues, estas vanas declamaciones jamás reavivarán en los ánimos el amor al bien público, que sus máximas tienden á extinguir; y serán inútiles sus esfuerzos para reducir á los hombres á los principios de la virtud, despues de haberles enseñado á despreciarlos.

Vos, Señor, que poneis límites á la inmensidad del mar, y domais las hinchadas olas, reprimid la licencia de esos ingenios, y detened ese torrente de impiedad, que amenaza asolar la tierra. ¡Ay de mí! Quizá estamos ya cerca de aquellos días desastrosos en que, precisados los ojos de los escogidos á llorar las calamidades de la santa Jerusalén, verterán raudales de lágrimas. Los rápidos progresos de la incredulidad, el desprecio de las cosas santas, la indiferencia acerca de los dogmas, la preocupacion de los incrédulos contra vuestros milagros, y su conato por descubrir en las fuerzas de la naturaleza la causa de todos los prodigios; el Dios del cielo casi olvidado por los hombres, como si no fuese el Dios de los ejércitos y de los imperios; las ocupaciones del ministerio sagrado, el sacrificio de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes despreciadas como inútiles, y, finalmente, la facilidad de los espíritus en recibir estas funestas impresiones, nos deben inspirar el temor, de que la fé desaparezca de entre nosotros. Apartad, Dios mio, este fatal presagio. Aumentad en todos los fieles el amor á la religion, haced que el impío lllore sus maldades, y que todos los corazones, unidos por la fé en el gremio de vuestra santa Iglesia, aspiren á las recompensas prometidas á los que de veras os adoran. Amen.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HONRADEZ.—A los hijos del siglo no se les honra sino por orgullo y por interés.

A los hijos de Dios se les honra porque son humildes y caritativos.

HONRADEZ.—Un cristiano debe procurar que no convierta en lecciones de vanidad las que se le dan para inculcarle la honradez.

Un cristiano debe temer que obre por cobardía cuando pretende obrar por honradez.

Un cristiano debe temer que, so pretexto de llevar una vida honrada, siga la conducta de un pagano.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES; véase: DEVOCION, FÉ, HIPOCRESÍA.

HUMANIDAD; véase: CATOLICISMO. (*Su influencia en la sociedad humana.*)

## HUMILDAD.

*Ubi est humilitas, ibi et sapientia.*  
Donde hay humildad, habrá sabiduría.

(PROV. XI, 2.)

La humildad, hermanos míos, es una virtud del todo evangélica. Los sábios antiguos no la conocieron, ni siquiera la imaginaron; los sábios modernos la conocen y la desprecian. Y en efecto, ¿qué punto de semejanza ó que relación puede haber, entre una filosofía fundada en el orgullo del *yo* humano, y la doctrina celeste, que anula al hombre delante de Dios? Mas, si no podemos reconciliar esta hermosa virtud con sus ciegos calumniadores, debemos, cuando ménos, vengarla de sus desdenes y de sus injustas declamaciones. Escuchad al mundo y los oráculos de su bastarda sabiduría: él os dirá, que la humildad es una debilidad indigna de un alma elevada; que con ella nada grande puede concebirse ni ejecutarse; que priva de la emulacion de la gloria, rompe los resortes de una ambicion generosa; y, en fin, solo sienta bien á las almas mezquinas, á quienes la naturaleza negó la energía de carácter y la conciencia de su dignidad natural. Lancémonos á probar que, lejos de ser una debilidad, la humildad cristiana es un principio de fuerza y una fuente de paz: por manera, que esta virtud encierra todo el secreto de la verdadera sabiduría: *Ubi est humilitas, ibi et sapientia*. Tal es el plan y division de este discurso. A. M.

1. La extremada debilidad del hombre, carísimos hermanos, es hija de su excesiva presuncion. A él le parece fuerza lo que, en el fondo, no es más que engreimiento; y hé aquí por qué pronto se ve obligado á descender de la altivez de sus pensamientos y á recaer en su nada, de la cima de sus desvanecidas esperanzas. ¿Qué le ha faltado á ese hombre ambicioso, para alcanzar la fortuna por que suspiraba, y á la que al principio se dirigia con tan rápido y seguro paso? Solamente conocerse á sí mismo, y conocer á Dios. ¿Qué le ha faltado á esotro, para sostenerse á aquella altura, siempre tan próxima á un